

veinte gallinazos, precipitándose sobre el líquido para aplacar su sed, y apenas se alejaba uno, otro ocupaba su puesto. El pobre borrico observó esta impertinencia al principio mudo de asombro; después, avanzando hacia el caldero, penetró entre las aves y desvió con la cabeza aquellos huéspedes desagradables; pero estos descargaron picotazos sobre la cabeza de su adversario, obligándole a retirarse. Al cabo de un rato, el cuadrúpedo, volviendo súbitamente, comenzó á cocear contra las voraces aves; esto produjo su efecto al punto; algunas se alejaron del agua, y el asno furioso, pensando solo en vengarse, las persiguió hasta obligarlas á remontarse por el aire. Satisfecho de su triunfo y orgulloso de su hazaña, dirigióse nuevamente al caldero, pero otra vez le vió ocupado. El cuadrúpedo repitió entonces la misma maniobra, y esto duró hasta que los buitres no tuvieron ya sed ó hasta que el agua se acabó. El pobre asno se vió pues obligado á esperar el día siguiente para poder disfrutar por lo menos del aspecto del agua. Solo cuando el mozo se colocaba con un palo junto al caldero érale posible al asno aplacar su sed sin ser estorbado. Como las pocas fuentes de agua dulce de la región están ocupadas día y noche por la gente que necesita llenar sus cántaros, los gallinazos padecen sed á menudo y tratan de satisfacerla, ya por astucia ó bien por fuerza, allí donde pueden.»

Parece que al hombre le complace particularmente turbar el reposo de estos vultúridos: Schomburgk refiere que los oficiales del fuerte Joaquin se divertían en disparar cañonazos contra las aves que se hallaban reunidas en número de trescientas á cuatrocientas, en el matadero del fuerte; á veces quedaban cuarenta ó cincuenta individuos muertos.

«Nuestros indios, añade, ataban un pedazo de carne á un anzuelo y lo arrojaban á los buitres: el mas voraz lo tragaba y quedaba cogido. Después le cubrían los indígenas con plumas de otras aves, fijándolas con cera; cortábanle el collar, poníanle una corona sobre la cabeza y le soltaban. La rapaz iba á reunirse con sus compañeros; pero tomándole estos por un monstruo, asustábanse, huían y no se acercaban ya hasta que se despojaba de los adornos que le habían puesto.»

Taylor refiere que se entretuvo muchas veces en arrojar á los gallinazos pieles de animales rellenas de algodón, y dice que nada era tan divertido como ver á las rapaces trabajar afanosamente para deshacer aquel maniquí. Burmeister no pudo resistir tampoco á la tentación de atormentar un poco á las inofensivas aves.

«Causábame un singular placer, dice, molestar á estos buitres: acercábame á ellos y disparaba un tiro, y cuando huían en todas direcciones, sus alas me azotaban casi el rostro. Remontábanse por los aires hasta verse fuera de peligro: describían grandes círculos, sin perderme nunca de vista, y acababan por volver á concluir su interrumpido banquete. Jamás he oído su voz; parece que siempre están silenciosos.»

Algunos animales, y particularmente varias rapaces, hostilizan también al gallinazo y al aura. Ya he hablado de la especie de dominación que ejerce sobre ellos el sarcoramfo; el caracara y el chimango los persiguen cuando están hartos de comer, y no los dejan tranquilos hasta que devuelven sus alimentos y se los abandonan.

Según Tschudi, el gallinazo anida en los tejados de las casas, en los campanarios de las iglesias, en las ruinas y las paredes altas. Se reproducen en febrero y marzo, y cada puesta se compone de tres huevos de color blanco pardusco.

El urubú, según el mismo observador, elige las rocas arenosas de la costa marina, ó las pequeñas islas inmediatas para construir en ellas su nido, donde la hembra deposita tres ó cuatro huevos mas redondeados y de color mas claro que los del gallinazo.

Todos los demás naturalistas, excepto Oboss, están contentes en que estas dos aves no ponen mas que dos huevos en descubierto, ya en la grieta de una roca, ó debajo de un árbol derribado, que los preserva un poco de la intemperie, ó bien, por último, en el hueco de un tronco, ó en una cavidad, en medio de las raíces. En el sur de la América del norte, en Texas y en México, anidan preferentemente el gallinazo y el aura, en los pantanos; eligen una eminencia que no pueda ser inundada por las aguas, y practican debajo de un matorral una pequeña cavidad donde puedan depositar sus huevos. Con mucha frecuencia se les encuentra en medio de las colonias de garzas reales y otras aves de los pantanos.

Según Audubon, los hijuelos tardan treinta y dos días en salir á luz; el padre y la madre cubren alternativamente y se alimentan uno á otro; para ello vomitan cada cual delante del nido todo lo que contiene su estómago ó una parte solo. Lo mismo hacen para dar de comer á sus hijuelos; pero entonces dejan caer el alimento en el pico. Luego les acostumbra á comer pedazos mas grandes y resistentes.

**CAUTIVIDAD.**—Actualmente se ven catártidos cautivos en todos los grandes jardines zoológicos: Azara dice que se pueden familiarizar en alto grado y hasta convertirse en verdaderos animales domésticos. Un amigo de este naturalista tenía uno que entraba y salía libremente; acompañaba á su amo á los paseos y cacerías, y hasta en sus viajes, obediéndole como un perro bien amaestrado cuando se le llamaba para darle alimento. Otro individuo acompañaba á su amo en viajes de mas de cincuenta leguas inglesas, sin separarse del coche; cuando estaba cansado posábase en el techo de este; y á la vuelta tomaba la delantera para anunciar en casa la llegada del amo.

## LOS ESTRÍGIDOS—STRIGIDÆ

**CARACTERES.**—Los estrígidos, ó buhos, con los cuales terminaremos la historia de las rapaces, se distinguen claramente de los vultúridos y de los falcónidos: solo desde lejos ofrecen alguna semejanza con ciertos buzardos. Su cuerpo parece muy grueso, pero en realidad es delgado, esbelto y poco carnoso; tienen la cabeza muy grande, ancha por detrás y cubierta de un plumaje compacto; los ojos grandes y planos, dirigidos hacia adelante y rodeados de un disco de plumas en forma de radios. Las alas son largas, anchas y concavas; el pico corto; los tarsos de un largo regular, cubiertos de plumas ó de pelos; el pico sumamente encorvado desde la base, ganchudo, de bordes lisos, sin dientes ni escotaduras; la cera, del mismo color del pico, oculto siempre por plumas sedosas, largas y erectiles. Los dedos son bastante cortos, casi iguales, pudiendo dirigirse el externo hacia adelante ó hacia atrás; el pulgar es comunmente un poco mas alto que los dedos anteriores; las uñas grandes, largas, y muy corvas, puntiagudas y redondeadas.

Las plumas son grandes, largas, anchas, redondeadas en el extremo, finamente divididas, blandas y flexibles, y decrepitan cuando se las oprime. Las de la cara tienen una conformación muy diferente de las del cuerpo. «Las plumas que rodean el ojo, dice Burmeister, así como las de la línea que se corre entre él y el pico, están muy desordenadas; su tallo se prolonga en forma de seda. El círculo del ojo se une á otro, formado de plumas pequeñas y rígidas, de barbas poco separadas, las cuales constituyen al menos medio círculo al rededor del conducto auditivo externo, y se prolon-

gan á veces hacia delante hasta la base del pico. Este círculo auricular, que representa el pabellón, se compone de tres á cinco hileras de plumas; cuanto mas perfecto es, mas se desarrolla también el disco ocular, y al mismo tiempo que este último, las plumas de la línea naso-ocular. En este caso, la cera, y con frecuencia una parte de la porción córnea del pico, están completamente ocultas por el plumaje.» Estas plumas son las que imprimen á los estrígidos ese aspecto particular que les comunica cierta semejanza con los gatos.

Las pennas de las alas son bastante anchas, redondeadas en su extremo, y encorvadas hacia el cuerpo, de lo cual resulta para el ala una forma cóncava. Las barbas externas de las tres primeras pennas tienen un filete ó son dentadas; á esta última forma deben los estrígidos su vuelo silencioso, pues impide el frotamiento; pero no se encuentra en todos; carecen de ella las especies diurnas. Las barbas internas de las rémiges parecen sedosas ó lanudas, y se adaptan exactamente á la penna que se apoya en ellas. La primera rémige es corta, la segunda un poco mas larga, la tercera y la cuarta son las que mas se prolongan. Las rectrices son un poco arqueadas, y tienen casi un largo igual, lo que comunica á la cola una forma cuadrada; solo por excepción es cóncava.

Todos los estrígidos tienen el plumaje de colores oscuros, poco vistosos, que se confunden con el de la tierra ó de los troncos de los árboles. Sin embargo, el plumaje suele presentar en su conjunto un dibujo de los mas hermosos; algunas especies ofrecen también colores muy vivos, y sobre todo muy puros, que constituyen una belleza particular.

La organización interna de los estrígidos merece fijar nuestra atención por algunos instantes: el esqueleto difiere sensiblemente del de los falcónidos: según las investigaciones de Nitzsch, el hueso lagrimal está conformado de distinto modo que el de las rapaces diurnas; no forma prominencia sobre el ojo: el hueso cigomático, que en las últimas prolonga dicha saliente, no existe en los estrígidos. El borde superior saliente de la órbita no está formado sino por el frontal; el hueso timpánico presenta en su cara interna una articulación con el esfenóide, que es en un todo independiente de su articulación anterior. El esternón del mayor número de las especies tiene á cada lado dos expansiones membranosas que bajan hasta el borde del abdomen: la horquilla es mas delgada y endeble que en los falcónidos. Tienen los estrígidos once vértebras cervicales, ocho dorsales y ocho caudales; las dorsales no están nunca soldadas entre sí. Los huesos son en general menos neumáticos que los de los falcónidos; los fémures no lo son jamás; los espacios aéreos de los huesos del cráneo tienen en cambio mayor desarrollo que en las otras rapaces. En algunos estrígidos tienen aquellos un espesor de mas de un centímetro y parecen esponjosos.

La faringe es muy grande; el esófago carece de buche; el estómago es membranoso y muy extensible; el bazo redondeado; el hígado se divide en dos lóbulos, de la misma forma y volumen; los ciegos son mas largos y anchos que en ninguna otra rapaz.

Los órganos de los sentidos están muy desarrollados: estas aves tienen los ojos muy grandes; la córnea es muy convexa, afectando la forma hemisférica. Los lados de la esclerótica, así como el anillo huesoso esclerótico, son muy prolongados, de manera que forman una especie de cáliz ó tubo. Los movimientos internos del ojo son considerables; á cada uno de los respiratorios, estréchase la pupila ó se dilata.

En ciertas especies presenta la oreja una conformación particular: en la mayor parte de los estrígidos, la abertura del conducto auditivo externo presenta la forma de una grieta que se dirige de arriba abajo al rededor del ojo y está

provista de una especie de opérculo movable, y rodeada de un pabellón cubierto de plumas en forma de radios, perfectamente dispuesto para recibir y condensar las ondas sonoras.

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—Los estrígidos, de los cuales se conocen unas 190 especies, son cosmopolitas, en la verdadera acepción de la palabra: habitan en todos los puntos de la tierra; se les encuentra en todas las latitudes. Se les ve desde los helados países del polo norte hasta el ecuador; desde las orillas del mar hasta una altura de 5,000 metros. En el sur son mas numerosas las especies que en el norte; pero aun allí está ricamente representado este suborden.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.**—Los bosques constituyen su verdadera patria; se les encuentra no obstante también en las estepas y en los desiertos; en las montañas mas peladas como en el interior de las ciudades y pueblos, pues por todas partes encuentran sitios donde albergarse y el alimento necesario.

Designase á menudo á los estrígidos con el nombre de rapaces nocturnas, lo cual no es completamente exacto, pues si bien es cierto que las mas no comienzan á cazar hasta la hora del crepúsculo, muchas, así de las que habitan el polo como de las que viven en los trópicos, son activas durante el día.

Ciertos estrígidos de las estepas buscan su alimento á la luz del sol; mientras se ve á otros retozar en el interior de los bosques, y hacer, en una palabra, tanto ejercicio de día como de noche. Sin embargo, cuando reinan las tinieblas es cuando mas cazan estas rapaces, y están admirablemente conformadas para ello. Tienen una vista excelente para las distancias cortas; su oído es delicado y su plumaje, suave y como descompuesto, les permite moverse en medio de la oscuridad. Vuelan sin ruido rasando casi la tierra; perciben el mas leve rumor, el mas ligero frotamiento, y á pesar de las tinieblas divisan los mas pequeños animales. «He practicado algunos experimentos, dice mi padre, en varios buhos domésticos; tenían los ojos completamente cerrados; estaban durmiendo, y observé siempre con asombro que bastaba el mas ligero ruido para despertarles y hacerles volar. En noches de profunda oscuridad ví á los buhos remontarse por el aire y oír su voz tan pronto en un lado como en otro; uno de mis amigos procuró acercarse lenta y cautelosamente á un mochuelo que estaba posado en un árbol, y el ave emprendió el vuelo apenas le hubo divisado.» El ojo de los estrígidos es muy sensible á la luz: en días muy claros ciertas especies cierran á medias sus párpados y casi del todo algunas veces; pero es un error creer que no ven durante el día. «Pueden volar en plena luz, dice mi padre, y pasar por en medio de la mas cerrada espesura sin tropezar contra los árboles. Los estrígidos, á los que yo quitaba sus hijuelos, corrían en pleno día; emprendían el vuelo si les apuntaba; y una vez ví al medio día á un mochuelo que se lanzó desde la torre del castillo de Altemburgo sobre un gorrion que comía en el patio con las gallinas, y al que cogió para llevárselo á su retiro.»

Las observaciones siguientes inducen á creer que los buhos intentan engañar al intruso cuando de día cierran y abren los ojos cual si no pudieran ver bien. «Cuando el mochuelo silvestre, así me escribe Walter, se halla bastante seguro en un árbol hueco y asoma la cabeza fuera de la abertura para ver la clara luz del día, no cierra los ojos á medias, sino que los abre tanto como le es posible para fijarlos en la persona que le inquieta. Si entonces se le tira una piedra con acierto, obligándole á salir de su escondite, refúgiase cuando puede á una enramada, deja al hombre acercarse y le mira con los ojos entreabiertos. En el hueco del árbol se cree seguro y no

juzga necesario engañar; pero fuera, en el follaje, no le parece estarlo tanto, mas temiendo los gritos de las aves pequeñas no quiere cambiar en seguida de sitio, y por lo tanto recurre á la astucia. Los buhos que no cierran los ojos se valen muy regularmente de otro ardid tomando una posición que les oculta muchas veces aun á los ojos del mas experto. Con un movimiento verdaderamente brusco oprimen todas las plumas al cuerpo, de modo que este no parece ni la mitad tan grueso como de ordinario, prolongan la cara, la estrechan y la vuelven á un lado; al mismo tiempo enderezan las orejas y todo el cuerpo tanto como pueden, oprimen un ala contra el tronco, extendiendo la otra con la articulación del hombro en forma de ángulo; y en esta posición, en la cual no quedan visibles las puntas de las alas, los pies y la cola, asemejanse á un pedazo de ramá cubierto de musgo. Pueden permanecer mucho tiempo en esta posición; pero cuando se les obliga á presentarse tales como son, es decir como buhos, no vuelven fácilmente á tomarla, sino que continúan su fuga.»

La forma especial de las alas y la suavidad del plumaje son indicio de que el vuelo debe ofrecer ciertas particularidades. Es, en efecto, lento y silencioso; los estrígidos vuelan y se ciernen á la vez; las especies diurnas se remontan por los aires trazando una curva, y luego se dejan caer poco mas ó menos como las urracas, modo de volar muy penoso y que no se puede sostener largo tiempo. Solo cuando emprenden largos viajes se remontan á la altura de un centenar de metros sobre el suelo, moviéndose á impulso de fuertes alatazos.

En tierra son por lo general torpes; los de largas patas, no obstante, pueden alcanzar su presa á la carrera ayudándose de las alas.

En los árboles todos se mueven ágilmente; algunos trepan de una manera singular, saltando de una rama baja á otra mas alta. Léjos de ser pesados, son por lo contrario muy vivaces y ligeros; toman las posturas mas diversas; se bajan y se levantan; vuelven la cabeza en todos sentidos, ó la inclinan de una manera muy cómica, y pueden como los perezosos volver la cara completamente hácia atrás y por lo tanto tambien mirar en opuesta dirección. La voz es regularmente fuerte, pero raras veces agradable: un chasquido violento con el pico y un bufido ronco son la expresión ordinaria de su cólera; la voz misma no se oye sino de noche, ó cuando se hallan en gran peligro. Algunas especies chillan de un modo desagradable, otras producen sonidos claros.

Los estrígidos son seguramente inferiores en inteligencia á la mayor parte de las rapaces diurnas, ya que no á todas. Algunas especies podrian engañar en tal concepto al observador, á causa de su alegría y vivacidad; pero bien pronto se reconoce que á ninguna se la puede considerar como inteligente.

Todas estas aves son tímidas y nada cautelosas, pues no distinguen un peligro imaginario de uno verdadero; rara vez llegan á conocer á las personas que las aprecian, y ven un enemigo en toda la que les es desconocida. Se puede conseguir que contraigan ciertas costumbres; pero no es posible adiestrarlas como á los falcónidos. Son malignas, rabiosas, crueles é indiferentes; en una palabra, no tienen nada de noble bajo nuestro punto de vista, ni aun la astucia. El halcón, el buzo y el milano son en todos conceptos superiores á ellas. Se llevan bien con sus semejantes, mientras no les domine alguna pasión ó les acose el hambre; mas no se opone esto á que devoren con la mayor complacencia á sus compañeros de varios años. Con frecuencia he tenido en una misma jaula de diez á doce buhos y mochuelos; ninguno pensaba en acometer á los demás mientras se conservaban en buena salud;

pero si enfermaba uno de ellos, todos caian sobre él, matábanle y le devoraban; tambien he visto á los hijuelos de una misma puesta comerse unos á otros. Seguramente que no dan con esto prueba de ser muy nobles; por lo tanto me creo autorizado á no conceder á los estrígidos un lugar entre los animales superiores.

En libertad solo se alimentan de las presas que ellos mismos cogen; reconócese tambien que no tocan á los restos putrefactos. Cazán sobre todo los pequeños mamíferos; las especies mas fuertes se atreven hasta con los pequeños carniceros y las aves de gran tamaño: algunos se alimentan de peces, otros de insectos. Muy pocos, y aun esto indirectamente, son nocivos al hombre; los mas le prestan, por el contrario, grandes servicios, pues concienzudas observaciones nos demuestran que los estrígidos de nuestros países se alimentan casi exclusivamente de ratones, de musgaños y de arvicolas, exterminando un gran número de ellos. Precisamente á la hora en que estos roedores emprenden sus correrías, comienzan á cazar aquellos; vuelan silenciosamente sobre el suelo; lo examinan detenidamente, y todo pequeño roedor que se deja ver no escapa de su enemigo. Sus dedos, cortos y movibles, con uñas aceradas y muy corvas, son sumamente útiles para los estrígidos; el animal preso entre sus garras muere sin remedio, y espira antes de sospechar el peligro que le amenazaba. Despues de haberse apoderado de su presa, dirígese la rapaz á un lugar oculto, y allí la devora.

«Nada mas hediondo, dice mi padre, que un buho cuando come; traga pedazos enormes, á costa de grandes esfuerzos, y al paso que los demás animales parecen comer con gusto, diríase que el buho se ocupa en una operación penosa. Yo ví á un individuo tragarse un raton grande de un solo bocado: á un mochuelo le dí un gorrion; cogióle con una de sus garras, se lo llevó á la boca, y comenzó á tragárselo por la cabeza, lo cual no pudo conseguir sin hacer grandes esfuerzos.

» Repetí el experimento en diversas ocasiones, y unas veces devoraba el mochuelo al ave sin quitarle una sola pluma, otras la desplumaba en parte antes de comérsela. Tragábase los ratones con facilidad: si la presa es demasiado voluminosa para pasar por el esófago, arrójala el buho, y la oprime con su pico y sus patas hasta reducirla á mas pequeño volúmen. ó ponerla mas flexible. Creo que por este concepto podrian compararse con las serpientes: cuando el animal es demasiado grande, conténtanse con devorar las carnes del pecho y el cerebro, abandonando lo demás.»

A esto debo añadir que un estrígido puede tomar su alimento tambien de un modo menos desagradable; un búbido, por ejemplo, cuidado por Walter, solia separar primero la cabeza del raton que se le daba, comiéndosela al punto; despues devoraba los pulmones, el hígado y el corazon; luego los piés anteriores, uno despues de otro; en seguida sacaba las costillas una por una, y retirando los intestinos, apuraba el resto. Yo no he conocido nunca estrígidos de tan buenos modales, aunque he cuidado centenares de ellos; muy por el contrario, siempre hice las mismas observaciones que mi padre.

La mayor parte de los estrígidos pueden privarse de agua durante varios meses; parece que la sangre de sus víctimas basta para apagar su sed. Sin embargo, beben mucha agua en ciertos momentos, y les complace bañarse.

Su digestión es muy rápida: devuelven los huesos, los pelos y las plumas; para esto abren mucho el pico, bajan la cabeza, saltan con un pié y luego con el otro, cierran los ojos, se sacuden, y acaban por arrojar bolas compuestas de todo lo que no han podido digerir. Altum ha examinado varios centenares de ellas, y ha visto que los de Alemania se alimentan sobre todo de pequeños roedores y de musarañas, y con me-

nos frecuencia de ratas, topes, comadrejas, aves é insectos. En 706 bolas de buho encontró los restos de 16 murciélagos, 240 ratones ó musgaños, 693 arvicolas, 1580 musarañas, 1 topo y 22 aves pequeñas; en 210 bolas del antilo (*syrrnium aluco*), restos de 1 armiño, 48 ratones ó musgaños, 296 arvicolas, 1 ardilla, 33 musarañas, 48 topes, 18 avecillas, 48 insectos, y además un número considerable de abejorros; en 25 bolas del duque mediano (*otus silvestris*) se hallaron restos de 6 musgaños, 35 arvicolas y dos aves. En 10 bolas de lechuza, los de 10 arvicolas, 1 musaraña y 11 insectos. Creo que bastan estas cifras para indicar cuán útiles son estos seres,

pues aunque las grandes especies matan de vez en cuando algunas liebres ó perdices, y las pequeñas exterminan tambien animales muy útiles, tales como las musarañas, estas pérdidas están superabundantemente compensadas con los grandes servicios que nos prestan; por lo tanto debemos dispensarles nuestra protección.

Los estrígidos no se molestan mucho para construir su nido: muchos de ellos anidan en los huecos de los troncos y otros en las grietas de las paredes ó en las rocas; establécense varios en madrigueras de mamíferos, y los hay que se albergan en nidos abandonados de halcones, de urracas ó de



Fig. 181.—EL GALLINAZO

cornejas. A veces reúnen algunos materiales; pero con mas frecuencia se limitan á depositar sus huevos en el fondo del nido, sea cualquiera el estado en que se halle. El número de los de cada puesta varía de dos á siete, y en casos raros ponen uno solo; son de forma redondeada, blancos y de un grano muy fino.

Hasta ahora solo se conoce, al menos que yo sepa, una especie de estrígidos en la que ambos sexos incuban alternativamente: ignoro de qué manera lo hacen las otras. La actividad de estas aves, como ha dicho muy bien mi padre, se oculta en las tinieblas, y por eso es muy difícil para el naturalista observarla. «Lo cierto es que en todos los nidos de estrígidos que tuvimos ocasión de examinar de día, la hembra estaba siempre cubriendo los huevos.» En cambio no cabe duda que en la alimentación de los polluelos tambien los machos toman parte. En la colección de mi padre se encontró una pareja adulta del gran duque, cuya hembra fué cogida en una trampa colocada junto á los polluelos atados; el macho cuidó tan celosamente los huérfanos, que dos dias despues le cupo la misma suerte que á su compañera. Mi padre ha hecho la misma observación en otros estrígidos, sobre todo en el mochuelo silvestre, nictalos, dásipos y surnios. En todas las especies los machos, segun parece, profesan gran cariño á su cria, la cual defienden en ciertos casos con gran valor

contra sus enemigos. Los polluelos permanecen mucho tiempo en el nido y producen de noche los gritos que se oyen por todos los contornos, haciéndolo en particular cuando abandonan el nido y empiezan á moverse. Yo creo muy fundada la opinión de mi padre, quien supone que hacen esto para indicar á los adultos siempre el sitio donde se encuentran.

Los estrígidos tienen muchos enemigos: todas las aves diurnas los aborrecen, y hasta diríase que desean vengarse de los ataques de las rapaces nocturnas. Cuando se deja ver un estrígido, todas las diurnas manifiestan una gran excitación; las avecillas dejan oír sus gritos, y toda la familia alada del bosque se pone en movimiento; una especie da el aviso á la otra; acuden á la vez; aturden al ave nocturna con sus gritos, y hasta las aves mas fuertes le dan repetidos picotazos.

Con demasiada frecuencia figura el hombre en el número de sus enemigos. Solamente los ostiacos y naturales de Helgoland consideran la carne de los buhos como buen alimento; pero muchos alemanes que pretenden ser instruidos creen hacer una hazaña matando los estrígidos cuando duermen ó al vuelo; raras veces les protegen. El agricultor deberia reunirse con los protectores de los buhos, cuidándolos cual si fuesen aves sagradas.

**CAUTIVIDAD.**—Muy pocos estrígidos son susceptibles